



Frutos

Extensión Solidaria

Universidad de Antioquia



3000 ejemplares Distribución gratuita ISSN 2339-4633

Diciembre 2013

N.º 4

Publicación de la Vicerrectoría de Extensión
Universidad de Antioquia

Presidente del Consejo Superior Universitario
Sergio Fajardo Valderrama

Rector
Alberto Uribe Correa

Vicerrectora de Extensión
María Helena Vivas López

Comité editorial de la revista
María Helena Vivas López
Beatriz Betancur Martínez
Diana Isabel Rivera Hincapié
Vicerrectoría de Extensión

Juan Camilo Jaramillo Acevedo
CIEC Facultad de Comunicaciones

Colaboración del Banco Universitario
de Programas y Proyectos de Extensión BUPPE

Redacción y fotografías
Juan Camilo Jaramillo Acevedo
Eliana María Castro Gaviria
Diana Isabel Rivera Hincapié
Jeny Montoya Gil
Pedro Correa Ochoa
Ana María Bedoya

Corrección
Rubelio Alberto López Cardona

Diseño y diagramación
Juan David Castro Quintero

Impresión
La Patria

Frutos. Extensión Solidaria Universidad de Antioquia

Edificio de Extensión, Universidad de Antioquia

Calle 70 No 52 - 72. 6° piso, oficina 601

Correo electrónico: comunicaciones@extensionudea.net

Teléfonos: 219 5170 - 219 8192 - 219 8172



Contenido

- 3** Presentación
- 4** La alegría de un hospital
- 7** Ser universitario y adulto mayor: una posibilidad
- 10** Por el derecho a la tierra
- 13** Volver a los bosques
- 17** Los saberes de El Morrón
- 21** Exploradores de serpientes
- 24** Una sonrisa por la vida
- 27** De la huerta a la mesa
- 31** Hacia una Medellín libre... punto co
- 34** Alexander Santamaría Palacio: la química más cerca a todos

Presentación



María Helena Vivas López
Vicerrectora de Extensión - Universidad de Antioquia

El intercambio de saberes con la comunidad: esa es la riqueza de la extensión universitaria. Riqueza que se construye cuando un profesor reconoce, valora y trata de recuperar los saberes tradicionales de personas rurales sobre la etnobotánica y las plantas medicinales; cuando líderes campesinos aprenden a usar las herramientas de la comunicación y el periodismo para hacerle saber al mundo que su derecho a la tierra ha sido vulnerado; o bien, cuando uno de nuestros egresados, gracias a sus saberes y a sus ideas, logra transformar el estilo de vida y la situación de salud de los habitantes de un pueblo; o cuando un grupo de jóvenes amantes de la tecnología, pero no absortos en ella, enseñan lo que saben para que jóvenes menos favorecidos que ellos puedan acceder a los saberes del mundo.

En los saberes de unos y otros, en la forma en cómo se comparten, se integran, se complementan, se nutren, está la esencia de las experiencias que narramos en esta edición de *Frutos. Extensión Solidaria Universidad de Antioquia*. En estas páginas, además, la historia del profesor Alexander Santamaría Palacio, químico, investigador, pero sobre todo, alguien que ha pensado en formas creativas de incentivar en chicos y jóvenes el amor por la ciencia.



La alegría de un hospital

Salud entendida como bienestar, como alegría, como arte. Una experiencia que, desde Támesis, al Suroeste del departamento de Antioquia, busca llevarse a todo el país.

Fotografías: Juan David Jaramillo

Parece difícil de creer. No huele a hipoclorito, las paredes no son blancas ni los pasillos iluminados con luces alógenas. No hay enfermeras caminando apresuradas de un lugar a otro con la cara seria, y lo que es más desconcertante: en este hospital no hay enfermos. Es en serio, no los hay. Las habitaciones están vacías porque desde hace un buen tiempo los tamesinos viven más aliviados que nunca.

El lugar parece más un centro recreacional, engalanado con murales de personajes infantiles, paisajes del pueblo y escenas que aluden al bienestar. Los corredores resplandecen con vitrales incrustados en calados de madera, y de los aleros cuelgan canastos repletos de flores. En el patio sobresale un parque infantil donde los niños juegan en el “lisadero”, en la caja de arena, en los columpios y en la piscina de pelotas. “Aquí queda el Centro de Desarrollo Infantil (CDI)”, dice Eduardo Rivera, gerente del hospital.

Este hombre sencillo camina desenvuelto mientras enseña los salones de música, pintura, expresión corporal, crecimiento y desarrollo, construidos para atender a los niños menores de siete años. Llegó a Támesis hace una década con una visión que revolucionaría la idea de salud que tenían en el municipio. Es egresado de medicina de la Universidad de Antioquia y fue alumno de Héctor Abad Gómez, maestro que le dejó una enseñanza que él volvió su bandera: una comunidad educada es una comunidad sana.

“Aquí inició el proyecto ‘Niños y niñas por la paz’ – dice, en medio de un salón amplio decorado con pinturas animadas de frutas y verduras–. Si se quiere tener una sociedad aliviada, usted tiene que empezar a trabajar la promoción y la prevención a partir de la niñez. Si empezamos a inculcarles valores y conductas sanas, es maravilloso lo que se logra”.

El proyecto empezó a ejecutarse en el 2002. Desde entonces se fue sumando un grupo de profesionales: pediatras, sicopedagogos, nutricionistas, madres comunitarias, sicólogos, músicos y recreacionistas. Los primeros programas se desarrollaron en el salón Juanito; a partir del juego, la música y charlas se trabajaba la estimulación y el crecimiento y desarrollo desde la etapa prenatal. La otra iniciativa fue el centro de recuperación para niños desnutridos.

Cuando llegó al hospital, hace años, Eduardo encontró las habitaciones repletas de niños enfermos, la mayoría con diarrea e infecciones respiratorias. “Los papás no tenían la educación suficiente para saber cómo manejar esa situación. Empezamos a enseñarles los requerimientos nutricionales que necesitaban los hijos e incluso cómo desde la casa podían atender esos malestares; cómo hacer suero casero, por ejemplo. El programa fue tan exitoso que ya no tenemos niños desnutridos en el municipio”.

El secreto de la lozanía, dice, es la felicidad, por eso decidió empezar a transformar este lugar que antes era un

espacio sórdido. “Por acá nadie venía, la gente decía que asustaban”. El hospital, durante mucho tiempo, fue manejado por monjas que cuidaban a los tuberculosos, después lo clausuraron.

“Eso era una cosa aterradora, estaba a punto de caerse”, recuerda Martha Ligia Ríos, quien trabajó durante veinte años como madre comunitaria atendiendo a los niños de Bienestar Familiar y ahora trabaja en el CDI como agente educativa. Ella quedó en embarazo siendo una adolescente, y aunque tuvo el apoyo incondicional de su mamá, en esa época se sintió muy desorientada. “Anteriormente todo era un misterio, no había tanta información ni servicios médicos. Una ecografía la mandaban solo cuando uno tenía alguna dificultad; y tener una cita con un pediatra era la cosa más rara del mundo”.

En su segundo parto, veinte años después, la experiencia fue distinta. A pesar de que era un embarazo de alto riesgo, permaneció tranquila; pudo acceder a más controles y ecografías que le permitieron convencerse de que su niño estaba sano. Además, participó en los talleres de estimulación acompañada de su esposo: “Algo novedoso porque antes los hombres pensaban que eso no era asunto de ellos. Tocábamos instrumentos musicales, le hablábamos al bebé, lo sentíamos parte de la familia. Eso estrechó mucho los lazos, y yo creo que en parte eso ha mermado el madre-solterismo en el municipio”.

“Antes –continúa Martha– había una idea generalizada del niño como algo aparte. Hace veinte años, cuando hacía la estimulación con las señoras gestantes, ellas ni se destapaban los estómagos. Yo les decía que saludaran el bebé y decían: ‘Martica es bobita, él que va entender’. Muy diferente a como sucedió con el programa de estimulación con las sicopedagogas y los recreacionistas: las mujeres se sienten más entusiasmadas”.

Desde que estaba en el vientre de su madre, Juan Diego, el segundo hijo de Martha, ha participado en “Niños y niñas por la paz”. También a ella, a pesar de su experiencia, le ha tocado replantearse los métodos de crianza porque su hijo, según le explicó la nutricionista, tenía sobrepeso. Le costó trabajo aprender que el niño debía llegar sin desayunar al CDI. “Las mamás transmitimos el amor con la comida –dice–. A mí me parecía falta de amor no servirle la arepita con salchicha, pero llegamos a un acuerdo con la nutricionista de darle solo una fruta, y ya Juan Diego tiene el peso que le corresponde”.

En las tardes, cuando está toda la familia en casa, Juan Diego, con apenas tres años, los reúne para contarles lo que aprendió. “En estos días llegó diciendo: ‘En esta casa no tenemos rutas de evacuación’. ‘¿Y qué son las rutas de evacuación?’, le preguntó el papá sorprendido. ‘Son unas



El programa “Niños y niñas por la paz” ha generado cambios positivos en los indicadores de salud. Las remisiones disminuyeron en un 40 por ciento, y de las hospitalizaciones por Infecciones Respiratorias Agudas (IRA) y Enfermedades Diarreicas Agudas (EDA) en un 80 por ciento.



flechas que muestran por dónde debemos de salir cuando hay un temblor de tierra o un incendio’. Eso nos dio mucha risa. Él es un niño muy despierto y eso es gracias a toda esa estimulación que ha recibido. Definitivamente, el doctor Eduardo nos cambió el concepto de que el hospital



La etapa más importante en la formación de un ser humano es la niñez hasta los siete años, época en la que madura el cerebro. “Lo que nos permite guiar el crecimiento de ese niño para que crezca con una gran cantidad de habilidades, aptitudes y valores”, dice Eduardo Rivera.

El proyecto “Niños y niñas por la paz”, del hospital San Juan de Dios de Támesis, por sus resultados favorables en la salud de los menores y por el posicionamiento que ha tenido en el municipio, es considerado un modelo de atención útil para ser aplicado en distintos escenarios locales y departamentales.

Sin embargo, en los diez años que lleva ejecutándose, no había sido documentado. Por esta razón, la oficina de extensión de la Facultad de Enfermería de la Universidad de Antioquia viene desarrollando desde el año 2012 la sistematización de esta experiencia, con el acompañamiento de un grupo interdisciplinario y el apoyo del BUPPE.

En estos encuentros se ha hecho una retrospectiva del proyecto a través de talleres en los que participan el personal del hospital, las familias y los niños beneficiados. La sistematización ha generado reflexiones y propuestas para consolidar el programa y fortalecer la relación de la universidad con las regiones, logrando así el intercambio de saberes.

no era solo para los enfermos, sino que es la casa de la salud. Entendimos que los niños son lo más importante en la sociedad. Yo veo que en Támesis todos nos sentimos responsables de ellos”.

Este proyecto, basado en la convicción y el afecto y financiado con los recursos del hospital, fue creciendo hasta llegar a la población infantil de las treinta y siete veredas del municipio. Los resultados fueron tan rápidos y efectivos que el gobierno le entregó al hospital, siendo el único caso en el país, la ejecución del programa “Cero a Siempre”, una estrategia Nacional de Atención Integral a la Primera Infancia. Desde junio del 2012, el programa atiende en Támesis a los niños que antes iban a los hogares de Bienestar. Ahora, vienen al CDI, donde diariamente reciben la alimentación y el acompañamiento permanente de un equipo de profesionales y de las agentes educativas que fueron, la mayoría, madres comunitarias.

El “Doc. Eduardo”, como lo saludan todos, sigue el recorrido por el hospital con el alborozo de un anfitrión que te invita a sentirte cómodo en su casa. “Acá todo el mundo es bienvenido”, dice mientras enseña el gimnasio, el jacuzzi y el baño turco construidos para que los tamesinos tengan espacios gratuitos donde hacer ejercicio y relajarse. Luego del proyecto con los niños, continuó con los programas de prevención para jóvenes y adultos. “Me sueño con que este lugar, donde la gente viene para mantenerse aliviada y contenta, sea una estrategia en todo el país. Que se den cuenta de que trabajar en la prevención es el verdadero ideal de la salud”.

Aunque hace cinco años debió jubilarse, en el pueblo no quieren que se vaya. Con el deseo de dejar todo como se lo ha imaginado, él sigue construyendo espacios como los nuevos salones de pensamiento lógico y el teatrino. “¿Qué por qué ‘Niños y niñas por la paz’? Porque para mí la paz no se logra en La Habana, sino educando a los menores, interiorizando valores en ellos para que mañana sean adultos con conceptos claros de solidaridad, amistad, autonomía, creatividad, salud, y solidaridad”, dice.

Sí, en serio. Este es un hospital donde el olor a pintura fresca se mezcla con el aroma de las flores del jardín. En vez de pacientes alicaídos que anden encorvados por los pasillos arrastrando el peso de sus pies, los señores hacen *spinning* y las amas de casa bailan al ritmo de la música electrónica. Y no existen retratos de enfermeras autoritarias exigiendo silencio, sino profesoras con uniformes coloridos que juegan a la ronda con los niños, y llenan este lugar de risas y grititos, porque acá todos andan libres, soberanos de este lugar, expresando, sin temor a ser callados, lo que piensan, lo que sienten. ■

¿Cómo serían nuestras vidas si hubiéramos pasado por un aula en la que nos enseñaran a ser jóvenes o adultos?, ¿a afrontar los achaques de cada edad? Eso hace el Aula Universitaria de Mayores de la Facultad de Enfermería: le abre las puertas de la universidad a los más grandes para que aprendan a envejecer con calidad de vida.

Ser universitario y adulto mayor: una posibilidad

Cuando vio *Amour*, la película del director austriaco Michael Haneke, María Nelsy no entendía muy bien por qué Georges –el protagonista– terminaba asfixiando a su esposa. Sobre todo se resistía a admitir la escena después de ver la entrega, el amor y el cuidado en la pareja, y por un asunto bien especial: a ella, de 57 años, el hacer parte del Aula Universitaria de Mayores solo le da ganas de “vivir, vivir y vivir”.

Más tarde, durante el foro, María del Carmen Zea le explicaría que la ficción resiste más licencias que la vida y que aquel, también, era un acto de amor.

Hace siete años, el dos de noviembre de 2006, comenzó esta historia del Aula Universitaria de Mayores, AUM, un programa de extensión y educación no formal de la Facultad de Enfermería. En esa época, doce adultos mayores ingresaron por primera vez, o regresaron, a la Universidad de Antioquia con un propósito: aprender a envejecer con calidad de vida. Hoy son 25, pero ya han pasado más de cien; tienen más de sesenta años, muy pocos tienen menos, y están en la universidad.

María del Carmen Zea, coordinadora y gestora del AUM, cree que tiene una especie de misión con el adulto mayor. Quizás porque creció en una familia bastante mayor, o porque considera que son personas tan abandonadas socialmente, relegadas y olvidadas, que merecen esta oportunidad de sentirse útiles, activos, vivos y, por encima de todo, esa palabreja que los hace sentir tan orgullosos: universitarios.

“Estaba haciendo un doctorado en Gerontología Social en Granada, España, y recibía una materia que se llamaba así, ‘Aula Universitaria de Mayores’. En casi todas las ciudades de Europa existen estas aulas, pero aquí no conocíamos nada”. En España, la profesora encontró un programa más informativo: meras charlas sobre las enfermedades más comunes en el adulto mayor, y su prevención, o algunas clases de arte o historia. Por eso cuando le propuso a la Facultad adaptarlo, pensó en hablar más de un proyecto de vida que de un programa: “El estilo es completamente diferente al europeo; nosotros somos más prácticos, concretos. Nos movemos con base en el afecto, la amistad, la valoración del esfuerzo del otro; los asistentes a nuestro programa aprenden lo que les interesa y les sirve para la vida, y tienen un colchón fundamental que es su experiencia”.

Al Aula llegan cada ocho días, todos los lunes, por cuatro horas. Si algo hace feliz a María Nelsy González, por ejemplo, son sus notas de clase y sus memorias, con las que a veces les da consejos a sus vecinas sobre la paciencia y el tiempo que hay que dedicar en el cuidado del otro: “Son charlas muy interesantes, todas, y de todos los temas. Usted no me va a creer y aquí lo hemos visto, parejas a las que los hijos separan de cuartos después de cumplir cierta edad. Aquí aprendemos que el sexo y la amistad son asuntos que forman parte del ser humano, siempre. También, casi que juramos que no vamos a dejar que nuestros hijos nos maltraten”.

Cada jornada se les va como un suspiro: en laboratorios, aprendiendo a hacer masajes de relajación o el manejo de caminadores y bastones, en talleres sobre inteligencia sexual o en cineforos con películas como *Amour*, en dramatizaciones, clases magistrales sobre la prevención de enfermedades cardiovasculares, conversatorios acerca del proceso de envejecimiento o el rol de ser abuelos, en visitas guiadas en la universidad o por la ciudad, etcétera.

“Es un programa de una facultad de salud, pero nos interesa abarcar todas las dimensiones del ser humano. Entonces, claro, tenemos temas espirituales, éticos y de valores; les enseñamos sobre los derechos que tienen y estimulamos el trabajo creativo, la memoria y la atención. Ya no es tiempo para sufrir, ya las dificultades pasaron, por eso este es un espacio cálido para que socialicen, hagan amistades y tengan hasta sus coqueteos, que los hemos visto”.

Y son felices, tanto que al primer grupo, después de cinco años y muy a su pesar, la Facultad debió decirles no más.

Es un programa flexible, cuenta su gestora, que se adapta a las necesidades de los estudiantes: alguna vez, un grupo pidió una capacitación en sistemas y otra en nuevas tecnologías, y aprendieron a mandar correos y mensajes, a comunicarse con sus hijos y nietos en el exterior y a crear más espacios de socialización. Otra vez, y porque en la época de ellas era muy importante –la mayoría son mujeres–, también vieron una clase de etiqueta y glamour, y otra de inglés.

Los únicos requisitos para ingresar al AUM son tener 60 años o estar próximo a cumplirlos, y un nivel básico de lecto-escritura. Y, por su puesto, querer.

Aquí vienen a aprender, pero también a enseñar y a compartir: las estudiantes que son activistas les enseñan a los otros sobre sus derechos; otras comparten las recetas de cocina de sus abuelas, técnicas de pintura y croché. Al finalizar el semestre, todos son certificados y tienen su ceremonia de grados. Como dice el lema del Aula: “Nunca es tarde para alcanzar nuestros ideales a partir de la experiencia que nos da el pasado, de las capacidades que tenemos en el presente y de las metas que nos plantea el futuro”.

Fotografía: cortesía Aula Universitaria de Mayores



Recientemente, la profesora María del Carmen fue invitada a presentar el AUM en el XII Congreso Iberoamericano de Extensión Universitaria, en Quito, Ecuador. Además, el proyecto se ha socializado en Perú, Panamá, Alicante y Toledo –España–, Portugal y Montevideo –Uruguay.

Aulas Universitarias de Mayores por el mundo

A comienzos de los setenta, en Toulouse, Francia, apareció la Universidad de Ciencias Sociales, con el profesor Pierre Vellas, considerado el fundador de la primera universidad de la tercera edad. Actualmente, la experiencia sigue siendo muy importante en los países desarrollados de Europa y Norte América, mientras que en Latinoamérica sigue sin ser constante y masiva. Las AUM son espacios que promueven la formación, la participación, el encuentro y la convivencia de adultos mayores, lo que posibilita nuevos estilos de vida, encaminados hacia el cuidado y autocuidado.

Hay un concepto, la “andragogía”, referente fundamental del trabajo: el aprendizaje del adulto mayor con base en sus características y posibilidades; una corriente educativa que le da la posibilidad de participar en su aprendizaje.

Fotografía: cortesía Juan Diego Restrepo Toro



En la ciudad hay otras dos experiencias de este tipo: una en la Universidad Eafit y otra en el Tecnológico de Antioquia. Por su parte, la Facultad de Enfermería de la Universidad de Antioquia cuenta con otro programa, “Cuidadores Familiares”, que busca mejorar las condiciones de vida de los adultos mayores en los distintos barrios de Medellín.

Se trata de seguir viendo el mundo con los ojos abiertos: “Aprendemos a ser positivos, a adaptarnos a los años y a sobrellevar los dolores con responsabilidad. Estamos envejeciendo, es normal que el sistema se desgaste. A veces hasta chistes hacemos: ‘Vea, dígame a graduarnos en la universidad de ochenta años, por fin’”, puntualiza María Nelsy.

Además de extensión, el Aula es una oportunidad importante para la investigación y la docencia sobre cómo aprende el adulto mayor. Son precisamente los profesores que conforman el Grupo de Investigación “La Práctica en Enfermería en Contexto Social” quienes comienzan a apuntar ciertos asuntos: el afecto es la base de los procesos de estas personas, si no sienten calidez, se van; no tienen mayores presiones más allá de su bienestar, no aprenden cosas que les impliquen mucha atención y trabajan con el repertorio y la memoria antigua.

Pero hacen falta más profesores especializados en el adulto mayor; eso, por lo menos, para pensar en los planes a futuro que incluyen la descentralización y la formación de espacios similares al Aula en la IPS universitaria o en el Parque de la Vida.

Por todo esto, María del Carmen dice que el AUM es un hijo más. No es un lugar común, así de sencillo, pues sus papás participaron del Aula y los papás de muchos profesores han participado también: “Como profesora, es más lo que aprendo de ellos, ya que no hay competencias ni avances, por eso las clases fluyen tan bien. Están viviendo la vida. Es, por supuesto, ir haciendo mi propio camino al proceso de envejecimiento, me nutro de sus experiencias. Es una carga de energía gigante: usted llega cada ocho días al Aula y es muy bonito. El AUM da vida”. ■



Fotografía: cortesía Aula Universitaria de Mayores

Por el derecho a la tierra

Ver, contar, aprender haciendo. Eso hacen veinte líderes campesinos de El Bagre que reconocen, luchan por sus tierras y ponen en escena sus sueños. Todo esto con cámaras y grabadoras de periodistas. La historia de una alianza entre la Universidad de Antioquia y Corantioquia por el reconocimiento de esta comunidad.

Fotografías: cortesía proyecto Por el derecho a la tierra

Mire esta escena. Son las cuatro de la mañana, la mujer empieza el día y el niño llora: “Qué vida tan aburridora”, dice. Su esposo, Darío, también despierta: “Qué vaina tan jodida esta, sin apoyo, sin trabajo”. Comienza el día, y alguien grita en la calle: “¡Darío, Darío, llegaron los títulos!”. “¿Dónde y cuándo?”, pregunta. En la plaza, le responden. Darío llega, firma: recibe –por fin– los títulos de sus tierras. Pasan los años y cuando Darío recibe la noticia de que puede acceder a un préstamo del banco con el respaldo de los títulos, pasa lo que hasta el momento puede pasar: se despierta.

Era un sueño.

Mire la otra escena: un tipo, de camisa blanca, camina seguro, imponente; se dirige hacia alguna de las familias de la vereda –digamos que La Bonga, La Borrachera, o cualquiera de El Bagre– y les cuenta la misma historia de siempre: que hace parte de una multinacional, que van a comenzar a trabajar las minas, que ya tienen permiso del gobierno. La mujer, campesina, negra, no acepta y le dice a su marido que no, que tanto tiempo cultivando su tierra no puede acabar así. Su marido responde que se deben organizar. Entonces se organizan en unos consejos comunitarios para acceder a sus títulos. Un año más tarde, sucede el gran sueño, les entregan los títulos y ahora sí pueden decir que tienen derecho a la tierra. Hasta que llega el corte.

Era ficción.

Mírelas porque son cortometrajes. Es cine. Son las historias, los sueños, las esperanzas y actuaciones de un grupo de campesinos que desde hace dos años narran lo que son y lo que esperan. Allá, en El Bagre, ese pueblo antioqueño que nunca pensó que iba a ser pueblo, dice Manuel Tovar –profesor y fotógrafo–.

En los bosques hay familias (El origen)

Hay una Serranía, la de San Lucas, entre los departamentos de Antioquia y Bolívar. Aproximadamente el 70 por ciento está en el sur de Bolívar, pero la parte restante se encuentra entre los municipios de Nechí, Zaragoza, Segovia, Yondó y El Bagre. Es la zona más boscosa del departamento con un gran lío desde el comienzo de los tiempos: la tenencia de la tierra.

Justo en El Bagre, desde hace cinco años, Corantioquia y otras instituciones como la Organización Internacional de Maderas Tropicales y el Ministerio de Medio Ambiente y Desarrollo Sostenible adelantan un Proceso de Ordenación Forestal (POF), “una propuesta de intervención integral con miras a establecer y recuperar bosques, mejorar los sistemas productivos de la zona y recuperar los derechos de las comunidades. Desde el POF hemos promovido en ese territorio la conciliación, el encuentro entre bosques y gente”, comenta Germán Ríos, coordinador.

Porque para el Estado, estos son territorios baldíos.

Para ser más claros: en 2009, Corantioquia comienza un proyecto de protección de los bosques de la Serranía, pero durante el proceso encuentra que en esta zona del Magdalena Medio, además de bosques hay familias, que son desplazadas, indígenas algunos, que han llegado de distintas partes del país, que llevan años en estos bosques, que no pueden acceder a muchos proyectos y créditos del Estado porque no tienen los títulos de sus propiedades. Entonces, la corporación empieza a trabajar con la comunidad, a levantar cartografía social de las veredas, a trazar mapas y a conocer historias. Sobre todo a hablar de derechos con el propósito de generar zonas de reserva campesinas: que se reconozca que hay familias y que tienen derechos.

Es hablando de derechos, oportunidades, reconocimiento y autonomía que Corantioquia invita a la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia a crear una estrategia de comunicación para la participación ciudadana, porque como dice Germán: si la gente tiene autonomía y criterios de comunicación, puede tomar mejores decisiones.

Al aire

Uno de los locutores, Mirshan Mendoza, comenta: “Ustedes no están escuchando a un grupo de periodistas que vienen de Medellín, están escuchando a sus amigos, vecinos. Este Colectivo de Comunicaciones por el Derecho a la Tierra es liderado por campesinos de El Bagre, desde Las Sardinas hacia allá, La Concha, de todo un poco. Somos de acá”. Y algún oyente, casi una hora después, llamará a decir “qué programa tan bueno, qué bueno conocer la historia de nuestras veredas”.

“Lo primero fue darles la voz a ellos, los líderes que Corantioquia ya había reconocido, que estaban acostumbrados a proyectos que venían a decir qué hacer y cómo hacerlo sin preguntarles qué querían ni qué necesitaban”, cuenta Lina Marcela Gallo, coordinadora de la estrategia y el puente entre la Facultad de Comunicaciones, Corantioquia y el Colectivo.

Fueron cinco módulos, que debido a su éxito acabaron siendo ocho: ejercicios y talleres sobre el derecho a la tierra, el territorio y sus relaciones con el mismo, por qué y cómo protegerlo, el bosque, la fauna y flora. Todo esto apuntando a reconocer las principales problemáticas de la región que giran alrededor de la tenencia informal de la tierra, la minería, formal y no, y en todo caso siempre irresponsable, el transporte de madera, la contaminación del agua y el maltrato a los animales.

Y a medida en que avanzaban en la comprensión de su territorio, aprendieron a hacer. Apenas les entregaron las cámaras y las grabadoras, empezaron a recorrer sus veredas, a entrevistar a los vecinos, a buscar las historias. Tanto así, que el material de 2011 que tienen no se ha terminado de catalogar. Grabaron de todo.

Tenían mucho por contar.

La Estrategia presentó un proyecto Buppe para la sistematización de la experiencia: una cartilla y un video recogen los hallazgos más importantes de la investigación y los resultados, videos, entrevistas, grupos focales.



“El primer encuentro fue muy duro: no sabían por qué estaban allí y esperaban –como siempre– que les fuéramos a titular las tierras, estaban muy prevenidos porque es una zona de conflicto. Nos preguntaban por qué los estábamos grabando, para qué las fotos. Pero cuando empezamos a escucharlos y a mostrarles que nosotros también íbamos a aprender, que el trabajo era en red, les generamos confianza. Había miedo, allá las juntas de acciones comunales, organizaciones campesinas, de mujeres, son muy quietas. Había mucho miedo para hablar, y esto les devolvió cierta confianza”.

Por eso, en 2012, conforman el Colectivo de Comunicaciones Por el Derecho a la Tierra, un colectivo con tres grupos especializados en radio, video y fotografía. Entonces aparecen los dos programas de radio que realizó el Colectivo con la emisora Colombia Estéreo, varios afiches calendarios con fotografías de ellos mismos y sus temáticas: el cuidado al agua, la recuperación de las quebradas, la fauna y la flora. Apareció *Soñando despierto*, el corto aquel en el que varios campesinos sueñan con los títulos de la tierra.

Ellos son veinte líderes campesinos grabando sus propias vidas, sus conflictos, aquella marcha por la recuperación de la Quebrada La Villa, o el proceso de transformación de una cigarra. Hay un afán por verse, por contarse. “Antes del colectivo no mirábamos las cosas desde su valor artístico, su belleza natural. Hoy podemos plasmar la realidad de nuestro territorio comunicando de una manera más creativa: ya no es ver la palma como el recurso para extraer la madera, sino fotografiar la flor. Empiezas a ver al territorio desde muchos puntos de vista, educativo, ambiental, cultural”, cuenta Manuel Tovar, líder de la vereda La Bonga.



Con Teleantioquia, la estrategia obtuvo una convocatoria para hacer un documental dentro de la serie *Afroantioqueños, historias con tumbao* con la historia de los Consejos Comunitarios de Villa Grande y Chaparrosa, veredas de El Bagre.

Ahora tienen nociones, saben de planos, enfoques, narrativa, encuadres, complementa Lina.

Y sobre todo, saben cómo acercarse a la gente, cuestiones de ética, porque como sea no deja de ser una región en permanente conflicto. Y ellos actúan. Cuando vieron en pantalla sus propios cortos, sus paisajes, la gente no creía, decían que eran como de la National Geographic. Esto llevó a hacer cines foros en las veredas, y al primero llegaron 200 personas.

Y las mujeres. Muchas de ellas que han vivido siempre en la cultura machista de no *sirves más que para cocinar*; ahora hacen videos y fotografías: “Me he hecho conocer de la gente, hemos logrado que la gente tenga sentido de pertenencia, cuide y proteja los animales, las fuentes hídricas. Hermes, mi esposo, que también está en el Colectivo, y Manuel Tovar, no sueltan esa cámara”, cuenta Marta Cuesta.

Claro, hacen falta cosas: pensar en el periodismo escrito, equipos propios, más capacitaciones en el tema de administración de los recursos y liderazgo, una sede, un proceso de alfabetización digital. Y, por encima de todo, amarrar este proyecto al tema económico. Que se pueda vivir de él, y que nadie tenga que vender sus cámaras de cuando en vez para comer o volver a la minería ilegal. Pero paso a paso.

Por lo pronto, y como dice Manuel, “tenemos que aprender a hacer comunicación para el futuro, para la integración de todos en El Bagre. Una comunicación acorde con lo ambiental y étnico. Y por un colectivo más fortalecido, que sea motor de desarrollo. Tenemos que mostrar que sí podemos”. ■

El Código de los Recursos Naturales de 1974 prohíbe titular en zonas de reserva forestal, lo que impide que pobladores asentados décadas en estos bosques obtengan los títulos de las que consideran sus tierras. Recientemente, se aprobó un proyecto para sustraer una parte de la reserva forestal y así titular a algunas familias. Esto en la zona de Puerto López.

Las noticias son desalentadoras: de un millón de hectáreas de bosque, actualmente sobreviven menos de 120 mil. La minería ilegal, la colonización desmedida, la tala indiscriminada y hasta el conflicto hacen que la Serranía parezca condenada a la desaparición.

Hacer memoria ambiental e histórica. Girar hacia los bosques, rescatarlos, protegerlos, convivir con ellos. Aprender. Ese fue el trabajo de un grupo de estudiantes, una profesora y el director de la sede de la Universidad de Antioquia en el municipio de Sonsón. Una labor que volvió, además, la mirada de la administración municipal y de Cornare hacia el cuidado de nuestros bosques.

Volver a los bosques

Hay una isla en medio de todo. Pequeñita, casi del tamaño de la sala de su casa, a veces envuelta en bruma y siempre tapizada con musgo. Para llegar a ella, lo primero es pasar por el robleal, un camino trazado con especies propias del bosque alto andino en el que estamos; camine, acompañeme, mire a su izquierda esas hojas en forma de barco que tiene el amarrabollo, o a su derecha esa enredadera que llaman ojo de poeta, o las cintas que están ahí abajo y que se resisten a morir. Sigamos, lleguemos a esa isla que está dentro del humedal y, como es época de lluvias, vea las algas, los nidos de hongos, aprenda qué son los líquenes. Caminemos más; escuche, sí, es una mirla, un carpintero payaso o el gavilán pollero. ¿Ve la acequia? Continuemos el camino hasta encontrarnos con un bosque de pinos delgados y de color marrón. Y miremos, mire a su derecha el Cerro de Las Palomas, el pico más alto del Oriente antioqueño, y a su izquierda el siempre famoso Cerro del Capiro.

Pero, sobre todo, lea la valla que está casi al final, y todas las demás: “Cada vez que uno entra en un bosque, le da la impresión de ya haber estado en él: las formas y organización de sus comunidades se graban en los recuerdos del visitante”. En medio de todo, del bosque de pinos, el humedal y los pájaros, María Nancy López, ingeniera forestal y profesora de la Facultad de Salud Pública de la Universidad de Antioquia, está feliz: “Se nota que la gente está caminando el sendero, si no, estuviera enmalezado, y se ve el camino todavía”.

¿Dónde estamos? A menos de dos kilómetros del casco urbano del pueblo, Sonsón. En el parque recreativo La Pinera, en el que además se encuentra la sede de la Universidad de Antioquia de esta subregión. ¿Cuál es la historia aquí? Se trata del Sendero Ecológico Joaquín Antonio Uribe, que cumple un año desde que María Nancy, con su grupo de estudiantes de la Tecnología en Saneamiento Ambiental, pensara en la recuperación de las condiciones biológicas del parque para actividades educativas.

Todo esto resultó de una forma bien particular, durante una clase en la que la profesora hablaba sobre los organismos más primitivos de la evolución y sus estudiantes se dormían. Nancy preguntó si alguno conocía qué había en ese parque que estaba al lado de la Sede de la Universidad, y ninguno respondió. Ninguno había pasado más allá de las piscinas del parque.

“Empezamos a recorrerlo y fue una nota. Aprendimos y vimos todos los organismos, hongos, líquenes, musgos y la riqueza en flora del parque, además de las historias y su relación con la época del conflicto. Ya con Sergio, el director, habíamos pensado en hacer un proyecto de extensión. Al terminar ese día supimos que podíamos mejorar las condiciones del parque para adecuar el sendero”.

El parque estaba abandonado, a excepción de las piscinas. Casi un año duró la primera adecuación del sendero. Mientras tanto, Nancy y los tres estudiantes que participaron a fondo en el proyecto –Alejandra Castañeda, Claudia Giraldo y César López– trazaban rutas, se recorrían una

y otra vez este pequeño bosque, estudiaban qué especies de plantas y árboles sembrar y cuáles cortar, debido a su estado o a los peligros que comenzaban a representar. “Lo primero fue caracterizar la zona, qué árboles había que cortar y cuáles sembrar, que fueran de bosque de niebla. Porque había mucho pino y casi ninguna especie nativa. Sembramos 200 árboles de 34 especies que son de aquí: cedro de altura, comino, amarrabollo, siete cueros, todas esas especies son típicas del bosque y además tienen frutos y flores que pueden atraer fauna propia de aquí”.

En agosto de 2012 fue el primer recorrido, y duró una hora y media. Desde aquella vez, más de 640 personas han pasado por el sendero. ¿Quiénes? ¿Cómo? El segundo objetivo del proyecto, después de la adecuación ambiental, fue la educación ambiental. Para esto se convocaron grupos de toda clase: juntas de acciones comunales, instituciones educativas, adultos mayores, estudiantes de la universidad, entre otros, para que llegaran y conocieran de cerca toda esa riqueza natural de su pueblo. Para presentarles algo que ya les pertenecía.

“Empezamos en la entrada del parque y desde ahí tenemos las vallas y carteles que hicimos con los chicos sobre el reciclaje y las generalidades del ecosistema. Subimos hasta la universidad y el guía o Sergio le explica a cada grupo por qué y para qué está la universidad en la región, y continuamos después por el sendero. Todo esto acompañado, también, de material pedagógico. Por supuesto que los recorridos no tienen ningún costo, porque el objetivo es seducir, invitar, acompañar a la gente del pueblo para que conozca lo que es suyo”.

El recorrido, además, está acompañado de preguntas de todo tipo, en cada cartel, en la guía: “¿Sabés qué

son los líquenes? La unión entre algas y hongos. ¿Sabías que 31 países sufren de escasez de agua?”. Hubo mucho trabajo artesanal: con la organización y construcción de carteles, la adecuación de canecas, que hacen que hoy no se vea ni una sola basura en el recorrido, y con la caracterización de los árboles y las plantas.

“La organización y el mantenimiento es evidente; con el sendero hemos conocido la diversidad de flora que tenemos, aprendemos los nombres de cada especie y cuántos años tienen los árboles; además, la tranquilidad y el silencio que vivimos lo hace mucho más cálido”, comenta Víctor Loaiza, estudiante de Educación Especial.

En una segunda etapa se vinculó Cornare, con un trabajo mucho más grande en presupuesto para invertir en la infraestructura de todo el parque: la protección y cercado de los árboles, la ornamentación, el arreglo y mantenimiento de los pasos más difíciles del sendero y la instalación de dos estufas eficientes. “Si hablamos de logros importantes, qué más que traer estas instituciones a la sede de la universidad, y lograr que los estudiantes se adentren a conocer su territorio”.

Sobrevivir

Ya no hay rastros ni huellas de violencia, pero los hubo. Tampoco hay agujeros de balas en las paredes, pero los hubo. A lo sumo quedan los “balazos” de una planta que, por esas cosas de la vida y de su forma, la gente llama así. Fueron diez años los del conflicto aquí, en este parque que se construyó a finales de los setenta y que fue por un año, casi dos, base paramilitar.

La Asociación de Reservas de Conservación Campesina también participó del proyecto, con el inventario de las aves que habitan el ecosistema: unas 30 especies de 22 familias (chamones, fruteros, tórtolas, abanicos, gorriónes, entre muchas otras).



Por eso mismo, cuenta Sergio Rodríguez, el director, entre muchos motivos ese fue el principal para elegir la sede de la universidad en esta subregión; además de la historia de un edificio en el que murieron 18 jóvenes de la región y que necesitaba ser rescatado del olvido y el miedo.

“En este proceso de adecuación del parque encontramos trabajos de recuperación de la memoria. Estaba casi destruido, había huecos de balazos de fusiles, todo estaba muerto; pero la gente empezó a venir, y donde estaba un hueco ponían una florecita. Cuando la universidad vino, supo que el sitio más adecuado era este, que estos espacios debían recuperarse; y eso ha sido posible debido al compromiso del director, con el apoyo del municipio y de los estudiantes”, explica la profesora Nancy.

Pensar en sostenibilidad, en sobrevivir, es ahora el reto. Los sueños son muchos: convertir La Pinera en un aula ambiental de especies vegetales típicas de la región; acercar más a los estudiantes y esperararlos de nuevo en el campo, después del conflicto. Sembrar más árboles, marcar otros y escribirle la historia a cada uno. Quizás el sueño más ambicioso de Sergio y Nancy sea la adecuación de un corredor biológico que vaya desde el sendero hasta el Páramo de Sonsón: “Este sendero es extraordinario, es una posibilidad única de educación ambiental, pero nos siguen faltando más dolientes”, dice Sergio. Quizás como aquel muchacho que sembró un cedro hace un año en mitad del parque y todas las semanas sube a cuidarlo. ■



Bosque alto andino

Por estar a una altura de 2.300 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura entre los 14 y 18 °C, a esta región se le conoce como “bosque alto andino” o “bosque de niebla”. Además, por ser una zona muy húmeda, en la que llueven unos 2.000 mm al año, lo que la convierte en reguladora del flujo hídrico que desciende de los páramos. Estos bosques se caracterizan por su diversidad biológica.

Recientemente, el Instituto Von Humboldt incluyó al Páramo de Sonsón en la cartografía de páramos del país. Razón demés para pensar en más proyectos como este del Sendero Joaquín Antonio Uribe en el que se restauraron cuatro hectáreas del parque La Pinera, se instalaron cuatro vallas y diez avisos y se han realizado más de 32 recorridos ecológicos.

“Tal parece que la naturaleza ofreciera una copa a sus amigos, a la salud de la felicidad universal”,

eso escribía Joaquín Antonio Uribe, biólogo sonsonense, hace más de un siglo. Con el sendero, también se recuperó la historia de este educador y naturalista paisa.

Los saberes de El Morrón

A través del Instituto de Estudios Regionales, y gracias al Banco Universitario de Programas y Proyectos de Extensión, campesinos de San Sebastián de Palmitas reconocieron muchos de sus saberes tradicionales relacionados con las plantas. Una oportunidad para mantener vivo ese patrimonio cultural inmaterial que no siempre se valora.

Los granos amarillos se secan al sol del mediodía, extendidos en la terraza de la finca. Nubia Ortiz recoge leños gruesos y los echa al fogón. El humo se eleva hacia el cielo. El olor a frijoles con coles se expande por el zaguán donde Raimundo y Nelson toman la media mañana antes de volver al cafetal. Es noviembre, mes de cosecha. La mayoría de los integrantes de las diecisiete familias que viven en El Morrón, un poblado asentado en una apartada montaña de la vereda La Sucia, corregimiento San Sebastián de Palmitas, están ocupadas recolectando café.

“Él es el jefe de aquí, de esta vereda”, dice Nubia, sonriente y tímida; se protege del sol con un sombrero de ala ancha. Señala a Raimundo Muñoz, el hombre con el que se casó hace 42 años. Ella vivía en la vereda vecina, La Aldea. Se conocieron en el mercado cuando Nubia vendía legumbres y él bultos de café. “Un gavilán pollero saltó de aquí a allá. Y allá con la uñas me trajo pa’l Morrón”.

“El Viejo Mundo”, como le dicen de cariño, custodiado por Tom, un chihuahua negro que no lo desampara, ha perdido parte de la vista y el oído por culpa de la diabetes. Como si adivinara el interés de los escasos foráneos que llegan a su tierra, se adelanta a contar, refiriéndose al Santo que dio nombre al corregimiento: “Es que Sebastián casi que es papá mío”. Su papá –el verdadero– fue uno de los primeros en llegar a El Morrón con su esposa y diez hijos.

Construyó una casa de paja y se entregó junto a los varones a tumbar monte para sembrar plantíos de café, caña y plátano. Las mujeres preparaban la comida y lavaban la ropa en la quebrada. Con los años, tuvieron la finca cafetera más



grande de la zona. Eran tiempos de abundancia, cuando el café les dio para vivir a ellos y a los labriegos, a los que nunca se les negó el jornal cuando se arrimaron buscando trabajo.

También cultivaban hortalizas y plantas medicinales. Por vivir en un lugar tan alejado del casco urbano, solo salían de la vereda para transportar y vender la cosecha; si se enfermaban, en vez de ir al médico se curaban con yerbas. “Es que casi toda la droga está en la tierra”, dice ‘Mundo’. Cuando estaba “requete soltero”, recuerda, lo atacaron las bilis y los dolores de cabeza. “Mi papá me dio una receta: que tomara bebida de verbena. Tomé dos veces y desde eso yo ya no sé qué son las bilis. Le cogí mucha fe. Ahora estoy tomando una mata pa’l hígado, una que echa un cadillo”.

– Nelson, ¿cómo es que llama esa mata? –le pregunta a su hijo mayor.

–Masequía. Eso hasta sirve pa’l colon.

–Esas matas tienen un secreto –advierte ‘Mundo’–. Si no les tienen fe, no les sirven.

–La cañagria es otra que también sirve pa’l hígado –cuenta Nelson–. Cuando vinieron los profes de la Universidad de Antioquia, nos trajeron más de esas plantas. De esto que come Poppey, y tomillo, anís, orégano... ¡Uf!, eso crecieron unas matotas que compartimos con la gente.

Nubia se acerca para mostrar la cartilla “Sembrando comunidad y cultivando autonomía en El Morrón”. Se las entregaron hace un par de meses como resultado de los talleres en los que participó toda la comunidad desde finales del 2012 hasta mitad del presente año, realizados por un grupo de investigadores del Instituto de Estudios Regionales, INER, de la Universidad de Antioquia. El documento, sustentado en el testimonio oral, recopila las historias del poblamiento, los saberes y las prácticas tradicionales sobre plantas en el sector El Morrón.

“Por aquí nunca se había dado una cosa de estas. Esos talleres fueron súper. Venga yo le muestro de lo que nos trajeron ellos pa’ sembrar”, dice Nelson, y camina hacia la huerta, un tajo lleno de cebolla de rama. Nelson, ahora el jefe de la casa, quien vela por sus padres, su esposa y su hija, dice que en esta tierra se quiere morir. Se agacha y arranca unas hojitas de ruda, las pega de su nariz y aspira el aroma. “Esta es una tradición de toda la vida y no la podemos dejar acabar. Hay que enseñársela a los hijos”.

Por el camino lindante a la huerta pasa Florenza Correa con su hijo. Acaban de bajarse del teleférico. Venía de recogerlo, junto a otros cuatro compañeros, en la escuela. Desde que en el 2010, por petición de la comunidad, empezó a funcionar ese medio de transporte para comunicar a la vereda, a la que solo se podía acceder por una trocha empinada, más niños del sector han podido matricularse en la escuela.

El teleférico, un servicio gratuito, facilitó mucho las labores cotidianas; también lo usan para transportar las cosechas y les ha permitido acceder a los programas de salud, deporte y otras actividades que ofrecen instituciones como la Alcaldía de Medellín, la Corporación Penca de Sábila y la Universidad de Antioquia. Florenza le da las buenas tardes a los Muñoz y sigue por el sendero hasta su casa, rodeada de árboles, flores y plantas aromáticas.

En el pórtico tiene exhibidas las fotografías que le regalaron en el último taller del INER. En una de ellas aparece haciendo una pomada de caléndula que les enseñaron a hacer. Entra a su cuarto y saca un pequeño tarrito con el menjurje amarillo. “Esa la estamos usando mucho pa’ el rostro, pa’ las manchas, pa’ que la piel no permanezca muy resaca”, dice. Hizo varios tarritos y una vecina le ayudó a venderlos en una peluquería.

La intervención del INER en El Morrón propendió por la conservación del patrimonio cultural, al compilar la historia de la fundación del sector y promover un inventario de sus prácticas tradicionales agrícolas, así como de los usos y significados de las plantas.

Mientras pica con destreza las papas para el almuerzo, cuenta que nació en Puerto Valdivia y llegó hace 23 años a vivir a El Morrón, luego de que se casó con Luis Eduardo, quien trabaja en el cafetal de 'Mundo'. "Cuando llegué aquí esto era muy productivo, pero ahora, con el tiempo, se ha ido mermando por falta de ingresos pa' trabajar". A ella, dice, le gustaría mucho poder tener un capital para seguir haciendo las pomadas y ayudarle a su esposo con los gastos. Por eso se consagra a su pequeña huerta donde cultiva hortalizas para el autoconsumo.

Cuando llegó a El Morrón, cultivó las plantas medicinales que ya conocía, como la Col de Monte: "Mi abuelita me enseñó que era bendita pa' limpiar los riñones". Y desde entonces, Florenza empezó a intercambiar sus conocimientos con Nubia. "Yo le contaba: 'el Prontoalivio lo puede usar para relajar los nervios'. Ella me decía: 'la albahaca también ayuda pa' cuando uno está como deprimido'".

Mientras tanto, en el zaguán de los Muñoz una decena de campesinos descansan sentados en las bancas. Exhaustos y bañados en sudor, le reciben a doña Nubia el agua-depanela con limón. Ella, la fiel compañera de 'Mundo', fue quien trajo a El Morrón la ruda, la albahaca y la penca sábila, y fue regalándoles a las vecinas. De gajo en gajo, extendió la tradición que le enseñaron sus ancestros.

"Antes eran más los trabajadores, hasta se les daba dormida acá. En ese entonces existía el café caturro y pajarrillo, era muy fino. Pero las semillas que venden ahora están como las nuevas generaciones: más débiles", dice Nelson, y saca un costal lleno de semillas carnosas y brillantes. Es la variedad Colombia, una semilla tradicional que se ha sembrado durante muchos años, pero que ya no se consigue. "La estamos conservando porque yo le dije a papá que no la podíamos dejar acabar".

"Ahora es muy difícil vivir del café. Lo compran a un precio muy bajo que no se compara a como lo vendíamos antes; y los insumos para el cultivo son carísimos", continúa diciendo, mientras muestra la secadora que construyeron su papá y su abuelo hace 35 años. "En el campo todo lleva su buen camello. La mayoría de la gente no sabe de dónde sale la comida ni qué hay que hacer para producirla. Harto sacrificio. Usted aguantando sol, mojándose. La gente hasta desconoce a estos pobres labriegos enterrados. A los niños deberían traerlos al campo pa' que vean de dónde sale la ensaladita que se comen".

Los campesinos se han marchado; en el suelo dejaron las huellas de las botas empantanas. El fogón de leña sigue humeando. Debajo del sauco dormita 'Mundo', acompañado de su perro Tom. Nubia acaba de echarle cuido a las gallinas y se sienta junto a Nelson y a su nuera, Lucy, que

se mira las uñas llenas de tierra. Los tres se quedan en silencio, viendo a los pájaros que revolotean en la huerta y al sol que se oculta.

—En el campo —dice Nubia, como una última puntada— es ganándose el pan con el sudor de la frente. Y bien sudado. ■



El Instituto de Estudios Regionales (INER) es un centro investigación fundado en 1984 por un grupo de docentes de ciencias sociales. Es un espacio interdisciplinario dedicado a la investigación, asesoría, consultoría, formación y realización de publicaciones sobre temas y problemas de las regiones.

San Sebastián de Palmitas es considerado el corregimiento de Medellín que más conserva las prácticas campesinas, especialmente la agricultura. En los últimos años, obras de infraestructura, como la conexión vial del Túnel de Occidente, acercaron este poblado a la ciudad. En el caso de la vereda La Sucia, la construcción de teleférico acentuó más esta cercanía, lo que ha transformado la vida cotidiana de los campesinos.

Este vínculo le permitió a la Universidad de Antioquia, a través de Instituto de Estudios Regionales, interesado en afianzar y recuperar los conocimientos ancestrales de la ruralidad, ejecutar el proyecto: "Fortalecimiento de los saberes y de las prácticas tradicionales sobre plantas en el sector El Morrón, vereda La Sucia, corregimiento San Sebastián de Palmitas, Medellín", financiado con el BUPPE.

Fue un proyecto innovador para una comunidad que no había participado en este tipo de programas. Se desarrolló a través de varios talleres formativos en los que se abordaron la medicina tradicional, la historia del sector y la agroecología, lo que le brindó a la comunidad estrategias para impulsar alternativas de desarrollo basadas en los conocimientos autóctonos, las prácticas tradicionales de cultivo y el aprovechamiento de las plantas.

Son temidas, acorraladas y, algunas, muy peligrosas. Pero desde hace 25 años los investigadores del Programa de Ofidismo-Escorpionismo de la Universidad de Antioquia se han dedicado a desentrañar sus secretos y a capacitar a profesionales de la salud, personas del común e incluso a niños, sobre los riesgos y la importancia de las serpientes. El Serpentario de la Alma Mater es su centro de operaciones, un lugar que, para algunos, resulta mágico.

Exploradores de serpientes

“Huy que está demente critica la gente / porque come plátanos con aguardiente”

—No, come galletas —dice Kevin, que tiene 3 años.

—Pescado —grita Tomás, de la misma edad, mientras, asombrado, se agarra los cachetes con sus pequeñas manos.

Daniel Cubides, un biólogo que lleva enrollada al cuello una serpiente de peluche, mientras encanta con sus preguntas capciosas a los pequeños, afirma que no acertaron. "Las serpientes se alimentan con ese animalito que tiene cola larga y come queso. ¿Cómo se llama?", pregunta con emotividad.

—Un tatón —responde Matías, quien levanta la mano con la seguridad de ser el sabiondo del grupo de párvulos.

Sus dos profesoras, sentadas en medio de la veintena de niños, celebran orgullosas la acertada respuesta de su pupilo; pero minutos más tarde, cuando Daniel saca de una pequeña caja a un inquieto ratoncito blanco, salen desparvoridas. Los niños, en cambio, hacen un círculo alrededor y observan, maravillados, cómo el animalito recorre la mano de Daniel.

Los pequeños exploradores de animales se olvidan del ratón —ingenuos de su triste suerte— cuando llegan, en una fila tipo trencito, al salón de las serpientes. Corren de

aquí para allá, saludan a la boa arcoíris que ni se inmuta ante su presencia, se asombran con los colores de la víbora de tierra fría y, frente a la colección de arañas, entonan emocionados una canción: "araña arañita / sube la escalera clicliclicliclicli / ¡plof que se cayó! / y vino un sapo grande / croaccroac / y tres besos le dio muacmuacmuac". Así, con besos al aire, termina ese coro tierno y los pequeños exploradores se dispersan por todo el Serpentario de la Universidad de Antioquia.

“La serpiente, un día, / se vino a tierra fría...”

Su profesora, Yurani Ospina Sánchez, explica que el grupo de pequeños viene del barrio Buenos Aires, en Medellín, y hace parte del nivel de párvulos del Centro de Desarrollo Infantil Miraflores. A los pequeños, que rondan los 3 años, les han empezado a enseñar los nombres de los animales, entre ellos los anfibios y reptiles. "Así que quisimos traerlos aquí a la Universidad para confrontarlos, y que se vayan familiarizando", dice la profe.

Elegir ese lugar para que los pequeños exploradores descubran cómo viven y qué pueden hacer las serpientes, no es gratuito. Se trata de un serpentario con reconocimiento y prestigio en el país. En 1988, hace ya 25 años, fue creado el Programa de Ofidismo-Escorpionismo de la Universidad de Antioquia, un grupo de estudio integrado por médicos, químicos farmacéutas, veterinarios, micro-

biólogos y biólogos, que desde entonces se han enfocado en la investigación clínica y epidemiológica de mordeduras y picaduras por animales ponzoñosos.

El Serpentario –silencioso, resguardado bajo el techo de una de las casas del apacible barrio Prado de Medellín–, es el lugar donde los universitarios se dedican a la investigación básica que busca conocer y clasificar las serpientes, escorpiones y arañas del país, sus compuestos bioquímicos y moleculares, y las toxinas de sus venenos. Allí, también se cumple con una importante labor de extensión universitaria: educar sobre el tema.

“Son varios componentes educativos. Desde el ecológico mostramos por qué estos animales son importantes en nuestro ecosistema, y los desequilibrios que genera que sean amenazados por el hombre. También capacitamos sobre primeros auxilios en accidentes ofídicos, y educamos sobre el recurso biológico, es decir, enseñamos cuáles serpientes son venenosas y cuáles no”, explica el coordinador del programa, Sebastián Estrada Gómez, un químico farmacéutico de la Alma Mater con doctorado en investigación y desarrollo de medicamentos.

Cada lunes, de doce a una de la tarde, las puertas del Serpentario se abren para que cualquier ciudadano, de forma gratuita, lo visite y conozca las especies que hay allí, guiado por sus profesionales. Además, este lugar es permanentemente visitado por grupos de estudiantes de medicina, veterinaria, biología, enfermería y química farmacéutica, de distintas instituciones de la ciudad, a los que se les ofrece charlas sobre el tema encaminadas a que sepan atender adecuadamente los accidentes ofídicos, de acuerdo con la caracterización de las especies.

En Colombia se reportan en promedio 4.500 accidentes de ese tipo al año. Aproximadamente, el 1% tiene un desenlace mortal. Y aunque este Programa no se encarga de la producción ni distribución de suero antiofídico –usado para atender clínicamente a las personas que son mordidas–, sus investigaciones lo han convertido en centro de referencia sobre el tema a nivel nacional.

“El país ha mejorado mucho en atención, pero tenemos que trabajar todavía mucho en cuanto a la educación en las comunidades, especialmente en la rural y la indígena”, asegura Sebastián. Con ese propósito, el Programa de Ofidismo-Escorpionismo también es llamado para que dé charlas y capacitaciones a personal de salud de los centros médicos de los municipios de Antioquia, así como a grupos de bomberos y de scout, o empleados de empresas mineras.

Además, desde hace algún tiempo los investigadores han orientado sus estudios hacia la investigación aplicada.



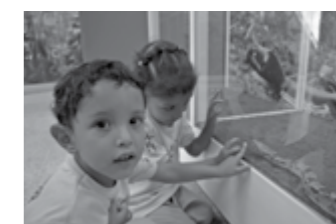
Según datos del 2012 del Instituto Nacional de Salud, por la diversidad de fauna en Colombia, se han identificado aproximadamente ocho familias, 71 géneros y 272 especies de serpientes; de las cuales 49 especies son venenosas y pertenecen a dos familias y nueve géneros.

“Estamos averiguando sobre los usos potenciales de los componentes de los venenos. Buscamos convertir su actividad tóxica en farmacológica. Por ejemplo, actualmente estamos trabajando los venenos de arañas y escorpiones como neuro-moduladores para enfermedades como el párkinson o el alzhéimer”, explica Estrada.

En esa misma línea de aplicabilidad, han indagado sobre alternativas terapéuticas basadas en plantas usadas por las comunidades indígenas para contrarrestar los efectos ocasionados por el veneno de estos animales. Incluso, uno de los integrantes del Programa dedicó su tesis de doctorado a evaluar la notable actividad antibacteriana del veneno de serpientes.

“Ahí va la serpiente de tierra caliente / que cuando se ríe se le ven los dientes”

–¡De aquí sale el veneno! Miren los dientes –les dice Daniel a los pequeños, que ahora, en el museo del Serpentario, forman un círculo en torno a una cascabel seca. Cuando extienden sus manitos para tocarla, fruncen el ceño, anonadados.



Los profesionales del Serpentario también se encargan de ordeñar a las serpientes, es decir, de extraerles el veneno. Las especies que representan riesgo son dormidas con dióxido de carbono. Luego, al tiempo que les ponen tubos de ensayo en sus colmillos, les estimulan manualmente la glándula que produce el veneno.

Daniel –que llegó a Medellín hace 5 años, tras graduarse como biólogo de la Universidad de la Amazonía, en Caquetá– es el curador del museo del Serpentario, un salón repleto de frascos que conservan cerca de 2.400 ejemplares –que corresponden a 95 especies de serpientes, arañas y escorpiones– sumergidos en alcohol, algunos con más de 20 años. La especie más común en el museo es la serpiente “mapaná” o *Botroxasper*, que, por su adaptabilidad en distintos ecosistemas, es la que causa más del 80 por ciento de los accidentes ofídicos en Antioquia y el occidente del país.

Son cerca de 160 los animales vivos con los que cuenta el Serpentario, todos ellos enviados por corporaciones autónomas regionales y otras autoridades ambientales, que hacen decomisos con el objetivo de frenar el comercio ilegal de fauna. Cuando llegan, Ana María Henao, médica veterinaria de la Universidad de Antioquia, se encarga de ponerlos en cuarentena, desparasitarlos y prepararlos durante algunos meses hasta que estén listos para habitar las urnas de vidrio. En el año 2011 fue acondicionado, allí mismo, un vivario para mejorar el hogar de la *Lachesisacrochorda*, una víbora conocida popularmente como “verrugosa”.

El vivario, repleto de plantas verdes y generoso en espacio, ya dio sus frutos. Es allí donde termina el recorrido de los pequeños exploradores, que ahora se apeñuscan

contra el vidrio; para enfocar mejor se cubren los extremos del rostro con las manos. Su propósito es encontrar los huevos que hay al interior, por lo que miran sigilosos.

–Son blancos como sus camisas, mírenlos allá –les indica su profe.

En cautiverio, las verrugosas tienen muchas dificultades para desarrollarse debido al síndrome de mala adaptación y estrés. Para que muden su piel por sí mismas y su alimentación sea adecuada, es necesaria la humedad y temperatura propias de sus bosques de origen. El vivario del Serpentario les ofreció esas condiciones y ahora, para diciembre del 2013, se espera que de los diez huevos que puso mamá verrugosa, que fue traída del municipio de Frontino, eclosionen los nuevos habitantes del vivario.

Los pequeños visitantes se despiden sin ser conscientes de haber sido testigos de un hecho sin precedentes en Colombia: por primera vez en el país, una serpiente de esta especie puso huevos en cautiverio. Y mientras el trencito de párvulos camina rumbo al transporte escolar, se escucha un unísono “¡gracias!”.

Daniel asegura que es posible que esa visita haya sido determinante para sembrar la vocación en un futuro colega suyo. Luego, para despedirse de ellos, les extiende la culebra de peluche, de lengua rosada y rayas rojas, negras y amarillas. En la cabeza de trapo, Ana Valeria, la última de la fila, le chanta un tierno beso. ■

Una sonrisa por la vida

Niños, niñas y adultos hospitalizados mejoran su calidad de vida mediante el uso de estrategias que involucran el arte; un proyecto conjunto de la Facultad de Artes y la Facultad de Enfermería les permite disminuir el estrés y generar defensas contra la enfermedad.

Fotografías: cortesía Proyecto Cuidarte

Minuto tras minuto agonizan las sonrisas en los hospitales. Se respira un aire triste. Las paredes blancas encierran lágrimas y preocupaciones, miedo y estrés. En los corredores, susurros de oraciones y peticiones. Las miradas reflejan angustia y dolor. Silencio. Las sonrisas han muerto.

La vida es un ciclo, una transición. Siempre está en constante cambio. Como las mariposas, esos pequeños insectos cuyo ciclo biológico consta de cuatro fases: huevo, oruga, crisálida y mariposa. O como las estaciones: primero invade la magia de la primavera, y el verano termina; se desvanece el otoño y, de repente, hace frío; tanto frío que el mundo se congela.

Un momento. Cuatro personas llegan a hacer la reanimación cardíaca. El desfibrilador: una nariz roja. Una bola de espuma o de plástico puede que no tenga mayor funcionalidad; puede, incluso, que no signifique nada; pero si es roja y se pone en la nariz, puede alegrarle la vida a otra persona, incluso la vida de un paciente que sufre.

“Cuidarte: una opción de vida” es un proyecto de extensión solidaria de la Facultad de Enfermería, en alianza con la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia, que combina estrategias del arte como el clown, la danza, la música, la literatura y la plástica para el cuidado de la vida y la salud de las personas hospitalizadas y sus familias.

Nació como un diploma de formación continuada en el que al final “los participantes debían realizar su práctica en diferentes instituciones hospitalarias. Hacían intervenciones artísticas, acompañaban, escuchaban y compartían con los pacientes. Como resultado, se generó un gran interés tanto en las instituciones como en los beneficiarios de la terapia artística”, cuenta la profesora Ana Milena Velásquez Ángel, coordinadora del proyecto.

Luego se sintió la necesidad de darle continuidad a ese proceso, y “Cuidarte” contó con la financiación del Banco Universitario de Proyectos de Extensión (BUPPE), de la Vicerrectoría de Extensión de la Alma Mater.

Cada ocho días, los cuidadores, un grupo de estudiantes de las dos facultades y algunos egresados del diplomado, se desplazan a la IPS Universitaria, Clínica León XIII, a la Clínica Infantil Santa Ana o a la Clínica SOMA. En sus bolsos: una o dos narices de payaso, delantal, maquillaje, cartas, telas, tambores, cascabeles y juguetes. En su corazón: el deseo indeleble de ayudar.

Dosis de felicidad

Retrasar la muerte no es el único objetivo de un médico. Mejorar la salud significa también mejorar la calidad de vida. Del “Valle de lágrimas” comienzan a ser rescatadas, una a una, las sonrisas. Los colores hacen su aparición

en medio de las paredes blancas. Son los cuidadores personificados de clown. Ahora sí: ¡que comience la terapia de la risa!

La morfina es el medicamento que utilizan los médicos para calmar dolores agudos del cuerpo. Las risas son el tratamiento que combate los sentimientos de soledad y angustia, el distanciamiento en las relaciones, la dificultad para adaptarse al medio hospitalario y el estrés; factores que prolongan la estancia hospitalaria, al hacer que el proceso de recuperación sea más lento.

La risa aumenta la secreción de endorfinas y la oxigenación de la sangre, relaja las arterias y baja la presión. Un efecto positivo en el sistema cardiovascular que permite que el sistema inmunológico responda mejor. “Cuidarte: una opción de vida” utiliza el lenguaje del payaso para producir, generar y liberar estos neurotransmisores en el cuerpo, y así aumentar las probabilidades en un proceso de sanación.

Cada uno de nosotros tiene un payaso interior y en su búsqueda consiste la terapia de la risa. El ridículo y la torpeza son los protagonistas. Los cuidadores trabajan con el lado más irrisorio de las personas: “Los pacientes aprenden a provocar la risa a partir de sí mismos: yo soy feo, entonces me empiezo a reír de mi fealdad para que el otro también se ría y ambos pasemos un buen momento. La comunicación se da por la risa”, afirma la coordinadora del proyecto.

Las personas abren su alma y comparten sus sueños. No se concentran en el dolor, ni siquiera lo sienten: “Lo que sentimos es alegría, despejamos nuestras mentes para mejorar y trascender más allá de la enfermedad”, dice un beneficiario de la IPS Universitaria Clínica León XIII.

El grupo de cuidadores

juega con los niños; “ellos se ríen un rato y nosotros somos felices de que compartan con nosotros, cambien su espacio, su actitud, su pensamiento, no estén concentrados en la enfermedad, no piensen en el dolor, no miren esos muros que están ahí todos blancos. Y sabemos que eso intrínsecamente está generando procesos orgánicos que les están ayudando a que las endorfinas generen defensas contra la enfermedad”, dice Ana Milena.

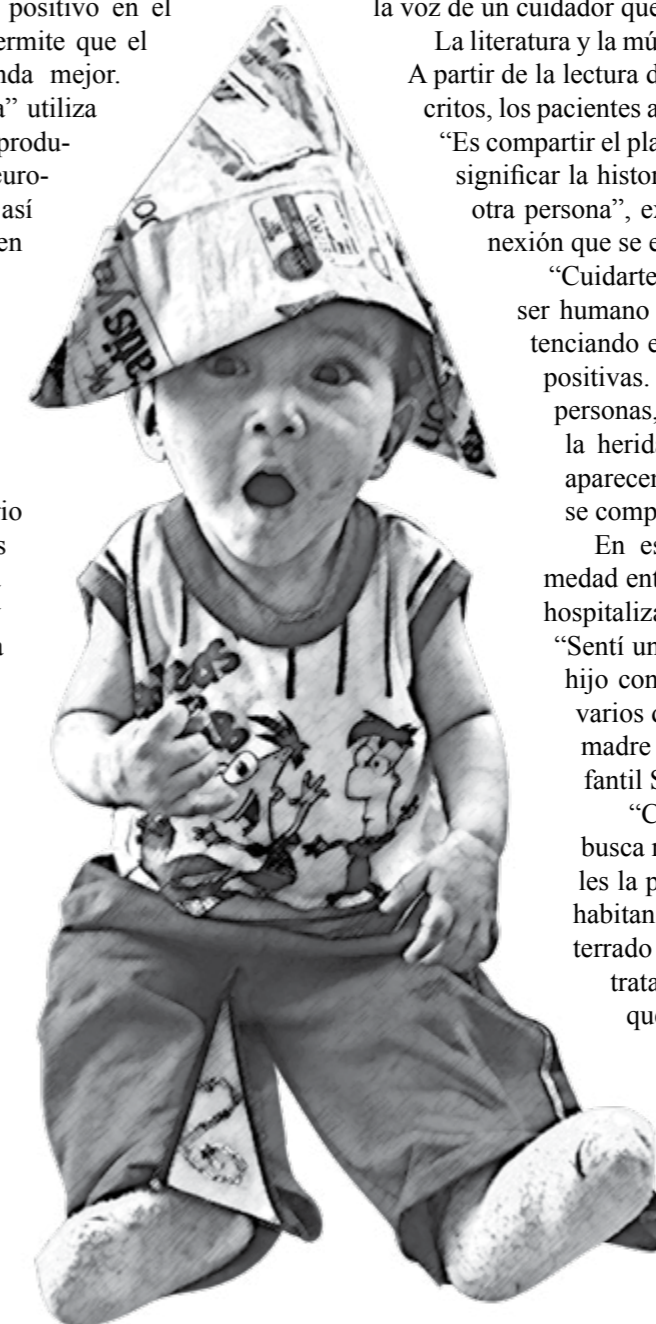
En una habitación se escucha: “Pensé que lo trágico no es morir, al fin y al cabo la muerte tiene buena memoria y nunca se olvidó de nadie. Lo trágico es no animarse a vivir; mientras tanto y sin dudar, búscate un amante”. Es la voz de un cuidador que lee una reflexión.

La literatura y la música también son terapéuticas. A partir de la lectura de cuentos, poemas u otros escritos, los pacientes analizan y tratan de ir más allá: “Es compartir el placer que da sentir lo que puede significar la historia que estás contando para la otra persona”, expresa Ana Milena. Es la conexión que se entabla con otro ser humano.

“Cuidarte” va al hospital mirando al ser humano detrás de la enfermedad, potenciando en él habilidades y emociones positivas. No se mira la herida de las personas, se mira a la persona. Luego la herida, el problema, la dificultad, aparecen, se verbalizan, se explican o se comparten.

En estado amnésico de la enfermedad entran los niños, niñas y adultos hospitalizados, sus familias y amigos. “Sentí una inmensa alegría al ver a mi hijo con una sonrisa en la cara, hace varios días que no sonreía”, dice una madre beneficiaria de la Clínica Infantil Santa Ana.

“Cuidarte: una opción de vida” busca romper la crisálida. Devolverles la primavera a esas personas que habitan los hospitales y que han desterrado las sonrisas de sus rostros. Se trata de un grupo de cuidadores que, a través del arte, evitan que la esperanza se desvanezca. Ellos desmoronan los miedos y desordenan la tristeza. Impiden que el entorno del paciente se sumerja en el dolor. ■





Hasta ahora, “Cuidarte” ha beneficiado a 1.244 personas, entre 0 y 97 años, en todos los estratos socioeconómicos y pertenecientes tanto al régimen subsidiado como al régimen contributivo del sistema de salud.

“Cuidarte” busca propiciar espacios de esparcimiento en los que el hospital no le rinda culto a la muerte y a la enfermedad, sino que se torne saludable y amigable, para que el paciente hospitalizado pueda afrontar el trauma que implica enfermar, ser hospitalizado y recuperarse, a partir de una experiencia de los servicios de salud y de la atención que pueda ser más cálida, humana y humanizadora.



Los servicios de salud tienen una mirada biológica del paciente y dejan de lado su plano emocional, psicológico y social. En pocos casos se vinculan estrategias de apoyo a la recuperación que les permita a las personas minimizar su estrés, y así favorecer su proceso de recuperación.

Hace unos días estuvo en la ciudad Patch Adams, inventor de la risoterapia con fines médicos y terapéuticos, y el responsable de la inclusión de esta en la medicina moderna. Adams organiza un grupo de voluntarios de todo el mundo para viajar a distintos países, vestidos de payasos, en un esfuerzo por llevar el humor a huérfanos, pacientes y otras personas. Su vida fue la base en la cual se inspiró la película *Patch Adams*, protagonizada por Robin Williams.



Detrás del mejoramiento en la seguridad alimentaria y nutricional de la comunidad rural del corregimiento de San Bartolo en el Suroeste antioqueño está la Facultad de Ciencias Agrarias.

Fotografías cortesía Tito Machado

Es una clásica tarde de verano. La luz y las sombras juegan interminablemente en las montañas que rodean el Suroeste antioqueño. De repente, las nubes comienzan a cubrirlo todo de plateado. La brisa desprende las primeras gotas del aguacero, también nos envuelve en un olor muy particular, una mezcla de tierra, humedad y naturaleza: huele a lluvia. A lluvia en el campo.

A lo lejos, se observa cómo mueren en las copas de los árboles, en las cimas de las montañas, en los techos de las casas y en los cultivos de plátano y café, las gotas frías que caen del cielo. El corregimiento de San Bartolo está en silencio.

Una que otra mujer huye del agua que la alcanzó mientras recolectaba café. En la producción de esta fruta se basa la economía de la región. La cultura cafetera y la poca diversificación de los cultivos han fortalecido la dependencia a este monocultivo. Los campesinos obtienen altos ingresos en solo tres meses, mientras que en el resto del año, el dinero escasea.

Cada vez que no hay producción de café, la seguridad alimentaria de las familias de San Bartolo entra en peligro. No hay otras fuentes para adquirir ingresos económicos, no existe variedad en la dieta alimenticia ni hábitos de consumo saludables. Muchas veces, no hay comida.

Por ello, la Facultad de Ciencias Agrarias de la Universidad de Antioquia realizó un proyecto de Extensión en

las regiones que pretendía, con la participación activa de la mujer campesina, promover y motivar iniciativas de Seguridad Alimentaria y Nutricional –SAN– en la comunidad rural del municipio de Andes.

El objetivo era “diseñar, construir y aplicar agrosistemas productivos que le permitiera a los campesinos la diversificación de los cultivos y una mayor variedad de productos agrícolas; calidad e inocuidad de alimentos, y así, garantizar el autoconsumo para la familia”, afirma el profesor Tito Machado, coordinador académico del proyecto.

“El café no nos va a dar de comer, hay que sembrar comida”, es la sentencia que hace Beatriz Elena Orrego, beneficiaria del proyecto. Porque con este trabajo, la mujer campesina adquiere un papel representativo en la comunidad, es líder, está interesada en obtener nuevos conocimientos en producción agroecológica.

Todo está en calma. Pronto dejará de llover.

Comida gratis

Se necesitaron doce años para que Beatriz Elena Orrego pudiera ver materializado su sueño. Hace ya varios años que de su lista de mercado sacó los huevos y la carne de pollo y gallo. Ahora tampoco es necesario bajar hasta el municipio de Andes por las hortalizas y verduras.



Formadas integralmente las mujeres campesinas como líderes en la apropiación de las políticas de equidad de género y el manejo de estrategias de nutrición e inocuidad de los alimentos que consumen.



Todo comenzó el día en que a las mujeres de San Bartolo les hablaron de un proyecto de la Universidad de Antioquia que se fundamentaba en el saber tradicional y contribuía al seguimiento y sostenibilidad de la Seguridad Alimentaria y Nutricional mediante el establecimiento y manejo de huertas agroecológicas.

Lo primero fue hacer un diagnóstico de la situación. Un pliego de papel periódico y marcadores de colores. Las 22 mujeres que aceptaron ser parte del proyecto se sentaron juntas a hacer un mapa del corregimiento donde las huertas con las que contaban debían ser las protagonistas. En el mapa: dos huertas. En el bolsillo: poco dinero. En la alacena: escasez de comida.

Las mujeres campesinas trabajan en el campo y se ocupan del hogar. Ellas desarrollan diversas funciones para alimentar a sus familias: siembran, cultivan, cosechan, crían animales, llevan agua, juntan leña, cocinan los alimentos; en eso consiste su labor diaria. Era entonces necesario formarlas en una cultura de equidad de género. “Les mostramos y recordamos el papel social que tienen ellas, sus deberes y derechos dentro de la sociedad”, afirma el coordinador del proyecto.

La práctica de la agricultura es poco amigable con el ambiente: el uso inadecuado e indiscriminado de agroquímicos llevan a la contaminación de las fuentes de aguas, desgaste de los suelos y pérdida de fauna y flora. Estas son tan solo algunas de las necesidades percibidas en el corregimiento de San Bartolo. Por eso, comenzó el desarrollo de la agroecología.

La idea era que las mujeres adquirieran habilidades en el manejo del ecosistema y retomaran los conocimientos campesinos para minimizar los impactos ambientales. Se hizo una visita para hacer una asistencia técnica en el pedazo de tierra donde ellas cultivarían.

“Les explicamos qué es una huerta agroecológica, cómo se diseña, cómo se siembra, cuáles son las plantas que deben ir, cómo se deben mezclar las especies, entre otros temas. Igualmente, fuimos muy enfáticos en que no se utilizan agroquímicos sino bio-preparados utilizando los pesticidas y herbicidas naturales”, cuenta el profesor.

Cuando la tierra ya estaba lista, las reunieron a todas. “Nos citaron y nos dijeron que nos tenían buenas noticias:

llegaron con todas esas cajas llenas de plántulas de todas las especies: apio, repollo, tomate, lechuga, calabacín, acelga, cosas que nosotras ni conocíamos”, recuerda Aleida Escobar, beneficiaria del proyecto.

Las dificultades causadas por la ausencia de variedad, calidad y acceso temporal y limitado de alimentos en el hogar, pronto se vieron solucionadas. Sin embargo, los inconvenientes de salud por la inadecuada alimentación subsistían.

Fue necesario brindar a las mujeres conocimientos en nutrición y diferentes estrategias como mantener una diversidad de productos en la parcela, garantizar un adecuado acceso e inocuidad de los alimentos y conocer sobre el valor nutricional de estos, y, de esta forma, ofrecer a sus familias una alimentación variada y nutritiva.

Para evitar el deterioro progresivo de las tradiciones y saberes ancestrales que están llevando a la pérdida del patrimonio cultural de las comunidades rurales, se hizo una Feria Gastronómica donde cada mujer llevaba un producto de la granja y una receta ancestral: los frijoles, las arepas de chocolate, las ensaladas y la mazamorra pilada.

La rutina del repollo, el tomate, la zanahoria, el limón y la sal se varió. Se cambió la dieta alimenticia. “Es muy bueno saber que uno va a su huerta y recoge una lechuga y solamente tengo que lavarla y no hervirla o tener todas las prevenciones que se tenían antes por los agroquímicos”, expresa Darnelly del Socorro Muñoz con una sonrisa en su rostro.

Tener al lado de su casa una huerta cien por ciento orgánica, tal y como le había enseñado su papá, era con lo que Beatriz había soñado desde pequeña. Sus labores artesanales siempre han sido las mismas: desyerbar, sembrar y recoger la cosecha. Ahora es profesora de Ciencias Naturales en el colegio del corregimiento de San Bartolo. Está feliz con el proyecto.

Si volvieran a hacer el mapa, en él tendrían que dibujar muchas más huertas. En los bolsillos: la misma cantidad de dinero. En la alacena: más variedad de alimentos. Beatriz Elena cuenta que es incomparable “la satisfacción tan grande que da poder coger los productos de la huerta y llevarlos a la cocina. Y la gente me dice: ay, qué huerta tan bonita; y uno les responde: sí, y se come”. ■



Seguridad alimentaria

A comienzos de los setenta, se creó el concepto de seguridad alimentaria en el mundo. Justo en la Cumbre Mundial sobre la Alimentación de 1974 en la que se definió desde el mero suministro de los alimentos, la disponibilidad y estabilidad nacional e internacional de los precios de los alimentos básicos. Para 1983, la FAO concentró la definición en la posibilidad de todos de acceder a los alimentos, y en la Cumbre Mundial de 1996 ya se habla de acceso, disponibilidad, uso y estabilidad en el suministro de alimentos, lo que ha permitido hacer intervenciones normativas por la promoción y recuperación de los medios de subsistencia.

En los últimos 20 años, según la FAO, ha aumentado el número de emergencias alimentarias en el mundo: de 15 que se presentaban en los años 80, a partir del 2000 se registran más de 30 anuales. La mayoría en África, y la mayoría inducidas por el hombre y los conflictos armados. En Colombia, la preocupación es campesina. Paradójicamente donde más se producen alimentos, es donde se produce la inseguridad alimentaria. Entre muchas razones porque la tierra en el país está concentrada en muy pocas manos, no hay inversión en el campo y subsisten fenómenos de la violencia como el desplazamiento. En Antioquia, las subregiones más afectadas por problemas de seguridad alimentaria son Urabá y Bajo Cauca. De ahí que la Gobernación de Antioquia planea, entre 2012 y 2015, a través de Maná, invertir 637.000 millones de pesos en reducir esta problemática en el departamento.

Establecidas huertas familiares para la producción de alimentos agroecológicamente basadas en principios eco-sistémicos.

Hacia una Medellín libre... punto co

¿Sabes qué es un *geek*? Es una persona fascinada por la tecnología, los computadores y el Internet. A partir de una práctica social de estudiantes de Ingeniería de Telecomunicaciones de la Universidad de Antioquia, se conformó un grupo de *geeks* que unieron sus intereses por lo tecnológico y lo social para llevar algo distinto a un barrio de escasos recursos de Medellín.

Fotografías: cortesía medellinlibre.co

En una esquina de un barrio periférico de Medellín hay una casona de tres pisos en la que siete jóvenes, reunidos en un salón una mañana lluviosa de domingo, digitan códigos en sus computadores portátiles mientras conversan: “Que hay que cambiar la configuración del firmware del *router* inalámbrico, que el punto de instalación del quinto nodo, que ya tiene montado el Linux, que hay que establecer la visual entre las antenas para el enlace largo, que el servidor está caído, que hay que mantener la zona de fresnel, que la conectividad de la malla, que la red inalámbrica topología *mesh*”... ¿De qué diantres están hablando estos chicos y qué están haciendo en esta zona de la ciudad?!

Pues bien, para empezar, ellos están en Bello Oriente, en la Comuna 3 de Medellín, un barrio de estrato 1, ubicado a 1.900 metros de altura, cuya construcción comenzó en los años ochenta con la llegada de refugiados y desplazados del conflicto armado desde Urabá, el Magdalena Medio, el Bajo Cauca y el Oriente antioqueño. Está habitado por casi cinco mil familias, la mayoría con difíciles condiciones de vivienda, servicios públicos, oportunidades de empleo, acceso a la educación y seguridad alimentaria.

Gracias a estos jóvenes se está haciendo algo completamente nuevo en el barrio. Ellos están llevando la posibilidad de que las personas allí generen, compartan y accedan más fácilmente a la formación, a la información

y al conocimiento sin las limitaciones de su nivel socioeconómico. Están buscando reducir la brecha tecnológica y tener un impacto educativo, social y cultural. Para ello, con sus conocimientos en telecomunicaciones y sus ganas de ayudar y enseñar como únicos recursos, han creado y están ampliando una “Red Libre Comunitaria Mesh”.

¿Y eso con qué se come? Las redes libres son plataformas de conectividad inalámbrica independientes, algo así como un Internet alternativo, con las ventajas de que no se tiene que pagar a un Proveedor de Servicios de Internet; son una opción para acceder a la información cuando no se tiene Internet; se convierten en una vía de comunicación en caso de emergencia; son administradas y nutridas por sus propios usuarios; y, como dicen ellos, tu información personal puede estar segura, no hay vigilancia, ni espionaje ni filtros; además, los sistemas operativos, los programas y los servicios que utilizan son de licencia libre.

Una plataforma de este tipo para el barrio Bello Oriente, en donde muchos de los habitantes aún no tienen acceso a Internet, ofrece diversos beneficios; por ejemplo, los estudiantes podrían hacer consultas para sus tareas, los comerciantes podrían publicitar sus negocios, los líderes comunitarios podrían tener más alcance en sus convocatorias, y los vecinos simplemente podrían informar y enterarse de lo que ocurre día a día en el vecindario.

La iniciativa comenzó a finales del 2012 como una práctica social de tres estudiantes de Ingeniería de Tele-

comunicaciones de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Antioquia, Fernando Giraldo Montoya, Jesús Alberto Restrepo y Guillermo Arango. Ellos, complementando su faceta de *geeks* adictos a la tecnología y su faceta de personas sensibles y con sentido social, tuvieron la idea de llevar esta experiencia a Bello Oriente y convocaron a varios jóvenes del barrio que tuvieran interés en el tema.

“Queremos aprender y enseñarle a la gente que sabe menos que nosotros, no solo lo de la parte tecnológica, sino también cómo usar adecuadamente Internet, aprovechar verdaderamente lo que puede ofrecer más allá de las redes sociales, cómo encontrar la solución a problemas y hacer cursos libres. Además, queremos que tenga un componente más comunitario, más cercano, más local”, dice Fernando.

Para que una red funcione se necesitan diferentes nodos o puntos de conexión. Los nodos se componen de una antena y un *router* inalámbrico, el cual se configura con el sistema operativo Linux. Las antenas, que se instalan en los techos de las casas, tienen que estar en línea visual con las antenas de otros nodos para que la señal se transmita y la red se vaya extendiendo. Entre más nodos estén conectados, mayor cobertura tendrá la red.

Así que, estos *red liberos*, como se hacen llamar, lo primero que hicieron fue comprar las antenas y los *routers*



Daniela Uribe Valencia, de 17 años, es estudiante de 11 de un colegio de Bello Oriente y una de las participantes más constantes del proyecto. Esa mañana de domingo lluvioso, por fin pudo tener un computador que le fue donado gracias a medellinlibre.co

con sus propios recursos, aprender a configurarlos y hacer pruebas. Cuando los equipos ya estaban funcionando, contactaron a la Fundación Solidaridad y Compromiso, en Bello Oriente, la cual, además de ser su vínculo con los habitantes del barrio se convirtió en la sede para realizar los talleres con adultos, niños y adolescentes sobre diferentes

temas de tecnología, pues ¿de qué podría servir instalar unos equipos sin nadie que supiera cómo usarlos?

Finalmente, el proyecto tiene otro componente, que es la donación de computadores. “En Bello Oriente hay personas que no tienen ni internet ni computador, tratamos de cubrir ambas necesidades. Invitamos a las personas para que donen un computador, en buenas condiciones, nosotros lo arreglamos, le instalamos el sistema operativo y los programas con software libre, y lo entregamos”, cuenta Fernando.

En la actualidad, la Red Inalámbrica Comunitaria Mesh de Bello Oriente tiene instalados cuatro nodos, uno en la Fundación Solidaridad y Compromiso, y los otros tres en casas de personas de la comunidad. Están analizando el lugar adecuado para instalar el quinto nodo. En este momento, los servicios disponibles en la red son la Wikipedia, las bibliotecas libres, aplicaciones de audio, fotografía y vídeo, servidor de correo electrónico, y una central de voz IP para llamar a los vecinos.

Ahora se ha convertido en un proyecto de ciudad, llamado Medellinlibre.co, con la vinculación de estudiantes, egresados y profesores de Ingeniería y Tecnología de Telecomunicaciones de diferentes instituciones como la Universidad de Antioquia, el Instituto Tecnológico Metro-

politano (ITM), Uniminuto, la Remington y el programa de redes y mantenimiento de computadores del Sena.

Al grupo le han surgido ideas para proyectos futuros, como desarrollar una investigación sobre los usos y los impactos que tiene sobre la comunidad la instalación de los nodos; la puesta en marcha de emisoras comunitarias que funcionen a través de la red; la realización de vídeo tutoriales sobre matemáticas, casos de factorización, álgebra; una investigación para usar energía autosostenible, de modo que el proyecto disponga de energía a costos más bajos y de manera permanente, pues una de las dificultades que tienen son los continuos cortes de la energía en la zona, que hacen que los servidores se apaguen y las redes dejen de funcionar.

“Este proyecto me gusta mucho, no lo considero un trabajo, es relajante, la comunidad es muy participativa y yo disfruto enseñándole a los muchachos. Nosotros, más allá de darles un instrumento, regalarles un computador o llevarles Internet, queremos formarlos, informarlos, darles acompañamiento. Creemos en la necesidad de educar a la comunidad. Nuestro sueño es ampliar la red a otros barrios de Medellín”, dice Fernando, quien ya se graduó como Ingeniero de Telecomunicaciones de la Universidad de Antioquia. ■



En el *software libre* se respeta la libertad de todos los usuarios que adquirieron el producto y, por tanto, una vez obtenido el mismo puede ser usado, copiado, estudiado, modificado y redistribuido libremente de varias formas. Incluso modificado.

Guifi.net es la red libre más extensa del mundo, con cerca de 32 mil nodos, principalmente en España. En el mundo hay otras experiencias como Montevideo Libre, Buenos Aires Libre, Red Libre España; en Colombia existen iniciativas como Caribemesh, Bogotamesh, valledupar.redlibre.co, girardotlibre.org, choco.redlibre.co, fusa.redlibre.co, espinal.redlibre.co, entre otras.

Alexánder Santamaría Palacio: la química más cerca a todos

A veces, los caminos nos llevan a otras partes. A veces, esos cambios de ruta son para bien. Así puede definirlo este docente, investigador y amante de la extensión que, al cambiar su camino, encontró lo que quería.

Lo tenía claro. Perfectamente. Lo suyo eran los deportes. Sobre todo atletismo, en el que le iba muy bien en el colegio. Estudiaría Licenciatura en Educación Física en la Universidad de Antioquia. O en el Politécnico Jaime Isaza Cadavid, en su defecto. Pero, vaya, no pasó el examen de admisión en el Poli, y justo ese semestre no abrieron la licenciatura en la UdeA. ¿Y ahora? No quería quedarse sin estudiar tampoco. Se presentó a Química, mientras tanto. Un escampadero. Y ahí, sin pensarlo, se quedó.

De Química, a la que ingresó en la Universidad de Antioquia en 1995, le gustó el hecho de que no fuera una carrera solo para ser docente, como él pensaba, sino que había otras opciones como la investigación y la extensión. Rápidamente, ingresó al grupo de investigación Química de Recursos Energéticos y Medio Ambiente, donde se estudiaban tecnologías para el uso racional de recursos energéticos. Y ahí, también, se quedó.

Así fue. Al cambiar su camino, Alexánder Santamaría Palacio encontró su camino.

De la investigación no se ha desprendido nunca. Tanto así, que al terminar su carrera, en 2002, recibió una mención honorífica dentro del Premio a la Investigación Estudiantil en el área de ciencias y economía, por parte de la UdeA, y poco después recibió una beca de Colciencias para adelantar su doctorado. Su enfoque siempre ha sido el estudio de partículas contaminantes, como el hollín o el dióxido de nitrógeno, para aprender a contrarrestarlas y

generar, por ejemplo, combustibles más amigables con el planeta. “Es un tema muy actual. No solo es reducir el material particulado a través de combustibles mejorados, sino que, ampliándonos un poco más, se puede aplicar en industrias que usen calderas para sistemas de energía”, dice.

Su tesis de doctorado, que desarrolló en buena parte en el Departamento de Ingeniería Química de la Universidad de Utah, Estados Unidos, recibió la mención honorífica *Magna Cum Laude* en la Alma Máter en 2007.

Solo que los caminos llevan también a otras cosas. Cuando ingresó como docente a la UdeA, apenas terminó su doctorado, se encontró con la necesidad manifiesta de algunos docentes de promocionar el Instituto de Química en todo el departamento. Que no pasara, como le pasó a él, que se creyera que la química era únicamente para ser profesor. Y no es que ser profesor estuviera mal -por el contrario- pero era, y es, una idea incompleta cuando se trata de química. Entonces crearon el Comité para la Promoción del Pregrado del Instituto de Química, que, justamente, comenzó a coordinar Alexánder Santamaría.

Una de las estrategias que encontraron fue la de crear las olimpiadas de química, que ya lleva cinco versiones. En las olimpiadas, estudiantes de décimo y once de diferentes partes del departamento, e incluso del país, demuestran lo que saben sobre esta ciencia. Al mismo tiempo, conocen el Instituto, comparten. En la última edición participaron más de 2.600 estudiantes, algunos de ciudades como Barranquilla, Cúcuta y Bogotá.

“Es muy gratificante. Para las olimpiadas participan docentes que ayudan en la gestión y la redacción de las pruebas, y estudiantes de Química que colaboran en la parte logística. Es toda una facultad promocionando la ciencia”.

Pero no es solo esto. A través del comité se desarrollan actividades como visitas a colegios o visitas guiadas por el Instituto de Química para conocer los laboratorios y acercar a los jóvenes a la ciencia. También, en convenio con el Parque Explora, se participa en el programa *Los científicos vuelven a la escuela*, donde los docentes cuentan experiencias relacionadas con su trabajo y se incentiva la investigación en el aula de clase.

“Es un trabajo de muchos, no solo mío. Participamos igualmente en Expobachiller y traemos estudiantes de pregrado para que conozcan los grupos de investigación. Da alegría ver que jóvenes que estuvieron en las olimpiadas ahora hacen parte de nuestra facultad y trabajan en los grupos de investigación”.

Jóvenes que, a través de la química y gracias a la promoción del Instituto, encontraron su camino. Sí, como Alexánder Santamaría. ■





**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

1 8 0 3

**VICERRECTORÍA
DE EXTENSIÓN**

Frutos

Diciembre 2013

N.4